



# El portero de la taberna

Jeffrey Rothschild

*Si otorgan luz o no, no hay tristeza alguna,  
aquí estamos nosotros, a la puerta de la taberna,  
¿qué deseará el Amado?*

—Dr Javad Nurbakhsh



Imagina una hoja de papel en blanco, perfectamente pura en su unidad.

Ahora imagina que un pequeño punto oscuro se empieza a formar en el centro del papel. Con el tiempo, este punto oscuro se agranda, se crea un círculo que va cubriendo progresivamente el papel, empañando su unidad y amenazando con ensombrecer toda la página.

Entonces, en medio de este proceso, se sitúa un minúsculo punto de luz en el centro del círculo oscuro. Poco a poco, este punto se expande, borrando y llevándose con él la oscuridad de la hoja, hasta que al final no vuelve a quedar nada en el papel excepto la pura unidad.

*Tanto he pensado en Ti  
que mi ser cambió por tu Ser;  
paso a paso te acercaste a mí,  
poco a poco me alejé de mí.*

Aunque la metáfora anterior —que representa la formación del ego desde el nacimiento a la edad adulta

y su posterior anulación mediante el *ẓeker* inculcado por el Maestro de la Senda— puede hacer parecer sencillo el proceso de transformación del ser, el hecho es que este proceso supone un viaje increíblemente difícil y largo, repleto de obstáculos y de peligros. Algunos aspectos del viaje son ciertamente extraordinarios, y conducen al tipo de revelaciones y de visiones que se asocian comúnmente con la senda espiritual. La mayoría, sin embargo, son bastante corrientes, y su importancia en el proceso de transformación del ser no se percibe ni se entiende fácilmente, al menos al comienzo.

Por ejemplo, he aprendido a lo largo de los años que cualquier trabajo que se le encomienda a uno en el *jānaqāh*, al margen de su sencillez o de su insignificancia aparente, puede jugar un papel en este proceso, al proporcionar oportunidades variadas para disminuir el ego y progresar así en el camino hacia Dios. La mayoría de nosotros, desgraciadamente, solemos normalmente desperdiciar esas oportunidades, al estar más interesados en el tipo de asuntos milagrosos que se describen en las



historias sobre los sufíes famosos, que en los sucesos ordinarios del día a día que proporcionan el capital real de nuestro viaje en la senda. Esta es la historia de uno de esos sucesos que fue una oportunidad perdida.



A los pocos años de mi iniciación en la Orden sufí Nematollāhi, fui designado como portero de la *jānaqāh* de Nueva York por un *sheij* de la Orden. Mis responsabilidades como portero consistían básicamente en facilitar la entrada y la salida a los *darwishes* los días de reunión, y no permitir la entrada a aquellos no autorizados a hacerlo—no era un trabajo particularmente difícil, según estimaba en ese momento. Formaba también parte de mis obligaciones la responsabilidad de supervisar la pequeña biblioteca de libros sufíes que se hallaba en una habitación en la parte delantera del *jānaqāh*. Estaba particularmente apegado a los libros en aquella época, pues había sido un ávido lector casi toda mi vida, y me sentía extremadamente posesivo y protector de la biblioteca: después de todo eran mis dominios, asignados por el *sheij*.

Al poco tiempo de ser designado portero, llegó el Maestro a América en una de sus visitas periódicas. Durante su estancia en Nueva York resultó que un *darwish* de Londres, recientemente iniciado, donó su colección completa de libros al *jānaqāh*, una colección embalada en doce enormes cajas de libros, la mayoría de ellos sobre sufismo o sobre temas relacionados con él. Fui designado, junto a unos cuantos *darwishes* más, para ir a retirar esas cajas de la terminal de carga del aeropuerto.

Después de una increíble odisea con la aduana del aeropuerto, conseguimos finalmente llevar los libros al *jānaqāh*. A duras penas conseguía aguantar las ganas de abrir las cajas para contemplar los tesoros que contenían. Cuando llegamos salió el Maestro de su habitación y dio la orden de desembalar las cajas. De repente, se desencadenó una acti-

vidad inaudita, fueron apareciendo martillos y palancas de no se sabe dónde, y los *darwishes* comenzaron a abrir cajas. A unos cuantos se nos encomendó desembalar los libros, mientras el Maestro sentado en el suelo, echaba una mirada a los títulos y de vez en cuando hojeaba alguna de las obras.

Como no había mucho espacio disponible en los estantes, estaba claro que todos los libros no cabrían en ellos. Por eso, el Maestro ordenó que sólo se colocaran en la biblioteca las traducciones de textos clásicos sufíes y las obras que se refirieran directamente al sufismo. Más adelante, dijo, se construirían más estanterías en la sala principal de reunión, para colocar los demás libros. Esto me parecía muy bien ya que desde mi iniciación había perdido interés en los libros sobre cualquier otro tema que no fuera el sufismo y opinaba que los libros sobre sufismo eran, evidentemente, los únicos que debían formar parte de la biblioteca.

En cuanto empecé a curiosear entre los libros de la caja que estaba delante de mí, me di cuenta de que no me podía concentrar en mi tarea. Me asaltaban unas ganas irresistibles de ir de un lado a otro para comprobar las cajas que estaban desembalando los demás *darwishes*, para asegurarme de que ninguno de ellos fuera, en su ignorancia, a seleccionar libros sin valor o a dejar escapar alguno valioso.

Como esto, por supuesto, era imposible, me puse a mirar cada dos segundos todos los libros que iban saliendo, para ver si podía subsanar los errores. El conflicto entre mi deseo de comprobar los libros de mi propia caja y el deseo de observar lo que los otros *darwishes* estaban haciendo me estaba volviendo loco.

Frustrado, estaba a punto de abandonar mis esfuerzos por controlar la situación, cuando por el rabillo del ojo vi que uno de los *darwishes* estaba hojeando un grueso volumen con la tapa escrita con caracteres árabes. Ese *darwish* había sido iniciado un año antes que yo, pero según mi criterio era un tipo de persona muy simple, más interesado en los as-

pectos religiosos del sufismo que en los espirituales. Le observé mientras cerraba el libro y lo depositaba con delicadeza sobre la pila de libros que el Maestro consideraba aptos para la biblioteca. Solté el volumen que tenía en mis manos, y lanzándome hacia esa pila tomé el libro. Era la traducción de una obra de alguien llamado al-Mohāsebi.

¿Qué disparate es éste?, recuerdo que pensé. ¿Quién es este Mohāsebi? Me consideraba un gran conocedor de los libros sufíes, pues había estudiado toda la obra de Idries Shah antes de llegar a la Orden, y no había oído hablar nunca de Mohāsebi. Peor todavía, el libro ocuparía demasiado espacio en la biblioteca, espacio que podía ser mejor utilizado por algún texto realmente sufí. Frunciendo el ceño me giré hacia el *darwish* y le dije con desdén: «¿Pero qué haces? Esto es una obra religiosa, no un texto sufí. No has oído decir al Maestro que sólo desea libros sobre sufismo?»

En respuesta, el hombre se encogió de hombros, susurró: «Lo siento», y volvió a su tarea. Meneando mi cabeza con incredulidad, estaba a punto de poner el libro junto a los que se iban a guardar para almacenarlos cuando el Maestro levantó la vista.

«¿Qué pasa? ¿Qué estas haciendo?»

«Estoy retirando éste», dije con seguridad, confiado en lo sabio de mi decisión. «No es un libro sufí; se trata tan sólo de una obra religiosa».

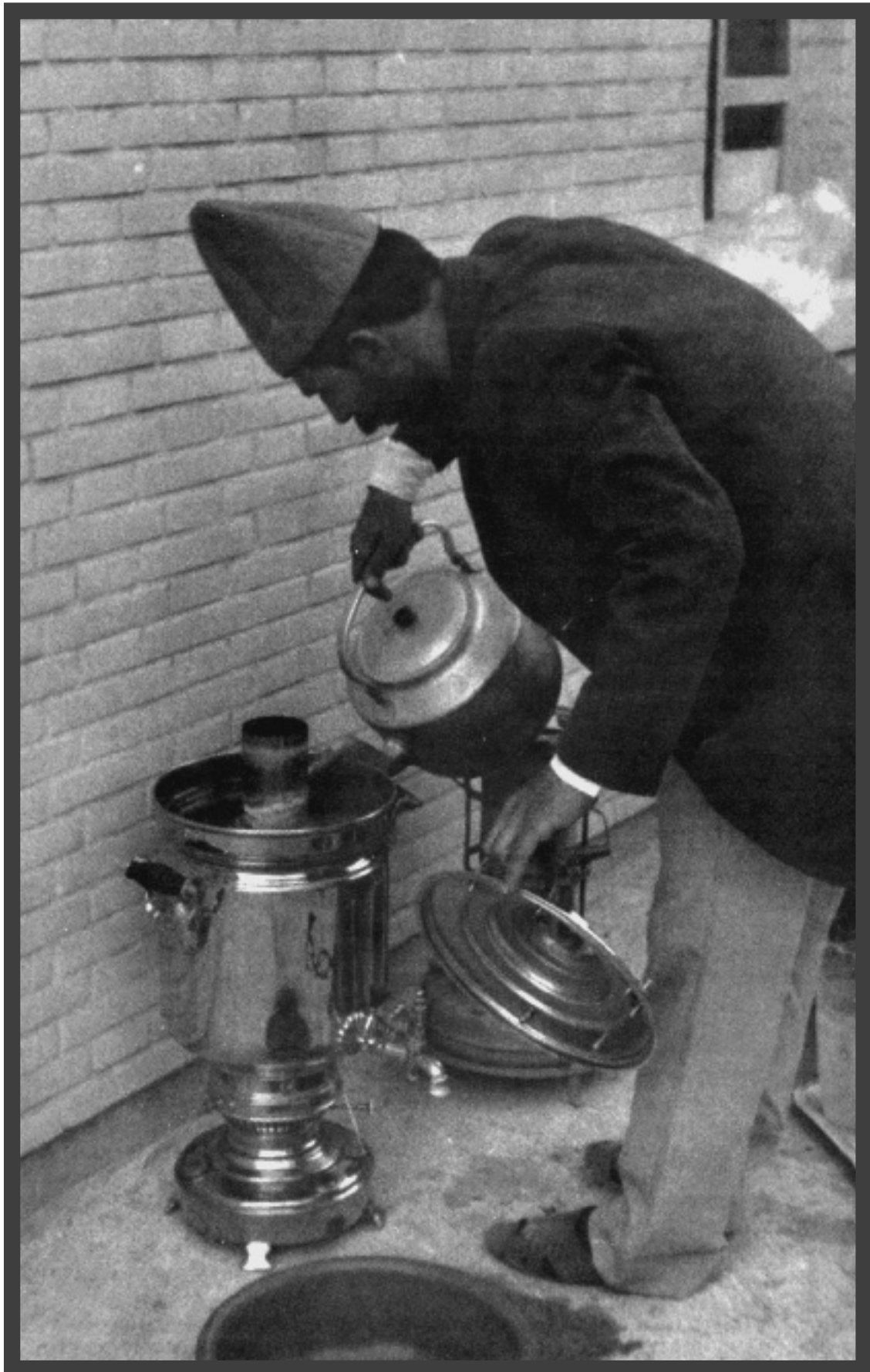
«Déjame ver», ordenó el Maestro, pronunciando cada palabra con mucho cuidado.

Le pasé el libro y lo abrió por la página del título.

«¿Mohāsebi?», pronunció con un tono de voz incrédulo. «¿Y tú no piensas que Mohāsebi sea un sufí?»

Sin esperar la respuesta, se dirigió a un *darwish* persa en el otro lado de la habitación, en un tono de voz alto e irónico. «Dice que Mohāsebi no es un sufí. ¿Qué te parece?»

El *darwish* se echó a reír y todo el mundo se volvió para mirar hacia mí. Sentí como me sonrojaba. Sacudiendo la cabeza, el Maestro tomó el libro y lo puso en el estante. Me invadieron la ira y el resentimiento por mi error,



*Darwish Nematollahi preparando té en un janaqab en Irán.*

y porque el Maestro había hecho que todo el mundo se diera cuenta. Me sentí tan tremendamente estúpido, tan pequeño en ese momento, que deseé escapar corriendo del *jānaqāh*. El *darwish* persa a quién se había dirigido el Maestro, comenzó entonces a decir:

«Mohāsebi», explicó con voz paciente, como un profesor dando clase a un alumno torpe, «fue un antiguo sufí famoso, uno de los maestros de Yoneid. ¿Éste sí sabes quién era, no?», añadió con una sonrisa. «Los escritos de Mohāsebi ejercieron también una gran influencia siglos más tarde sobre Ahmad Qazālī y su biografía fue incluida por 'Attār en su obra *Memorial de los Santos*». Después de una pausa, añadió: «Más valdría que te limitaras a abrir cajas».

Con rabia, volví la espalda a los *darwishes* y al Maestro, agarré una de las cajas sin abrir y comencé a tirar de la tapa de madera sólo con las manos. Al principio no cedía. Luego sentí que lo conseguía y me puse a tirar más fuerte. Con mi ira, era sencillo. La tapa saltó, pero uno de los clavos que la sujetaban me rasgó la mano y empecé a sangrar. Para no ensuciar la alfombra, cogí un trapo que había cerca, lo único que tenía a mano y lo enrollé alrededor de mi mano. No me importaba que no estuviera limpio; así, se me gangrenaba y moría.

Quería, sin embargo, al mismo tiempo, que el Maestro viera la sangre, que supiera que me había lastimado. No hice ningún esfuerzo para ocultar el trapo que estaba lentamente pasando de un blanco sucio a un rojo vivo. Quería que el Maestro sintiera pena por mí, que se sintiese culpable por su crueldad y apenado por haberme hecho sentir tan poca cosa. Pero ni siquiera se dio cuenta.

Al día siguiente, había borrado el incidente de mi mente y lo había olvidado todo.



Hace unos años, el *sheij* que me había nombrado portero del *jānaqāh* vino de visita a Nueva York. Era un día de *digyush*, una ceremonia especial

## La intimidad tras el pavor

Cuando el ruido de manos y gargantas  
es memoria que entibia la taberna  
y en sus salas dormís vuestro sopor  
de borrachos tristes y destronados  
me llevo a una esquina donde poder  
pasar bebiendo mi vigilia.  
Estos días soy el portero de la taberna.  
El pastor de vuestros alientos des preocupados.  
En sueños os escucho palabras inauditas  
o bien os mostráis entre gestos inexplicables  
que fiel guardo para mi saboreo.

—Luis Carrero

que tiene lugar para celebrar la iniciación de alguien, y por ello asistían más *darwishes* de lo habitual. Después de las oraciones, todos los *darwishes* se reunieron en la sala del fondo. Yo tenía algunos asuntos que atender en la cocina, así que cuando llegué a la sala donde se iba a celebrar la reunión, estaba ya casi llena de gente. Para no llamar la atención y no distraer, me senté en un lugar de atrás.

Poco después hizo su entrada en la habitación el *sheij*, y todo el mundo se puso en pie hasta que se sentó. Después de sentarnos todos, recorrió con la mirada el círculo de los *darwishes*. Al verme al fondo, me llamó y me dijo que me acercara para sentarme en un lugar cerca de él, a su derecha. Normalmente la gente es libre de sentarse donde quiera en el *jānaqāh*, pero en reuniones especiales el *sheij* reubica en algunas ocasiones a los *darwishes*, colocando cerca de él, o del Maestro, a los que llevan más tiempo en la senda o a los que desea honrar con su cercanía.

Como yo llevaba más tiempo como *darwish* que la mayoría de los allí reunidos, el *sheij* estaba señalando, pienso yo, que el lugar que me correspondía estaba más cerca de él.

Llamó luego por su nombre a otro *darwish*, un señor muy mayor que se había iniciado a una edad avanzada, y le indicó que se sentara al lado de él, un gran honor. Observé con una punzada de envidia cómo cruzaba lentamente la habitación el anciano, con todas las miradas fijas en él.

A la tarde siguiente, en la reunión habitual de los domingos, entré como siempre en la sala con los demás *darwishes*, después de la oración. No quería manifestar ningún signo de auto-suficiencia al sentarme otra vez cerca del *sheij*, por lo que decidí tomar asiento en el fondo de la habitación. En cuanto me senté, sin embargo, comencé a sentir un extraño sentimiento de agitación. De repente supe —aunque «saber» no es la palabra correcta, pues el darme cuenta no provino de mi mente— que el lugar que me pertenecía era aquel donde me había colocado el *sheij* la tarde anterior, y que sentarme al fondo después de lo sucedido el día antes no era en absoluto un acto de humildad, sino un acto de *hubris*, de orgullo. Sin dudar lo más mínimo, incluso quizás sin controlarlo yo, me levanté y cambié de lugar. En ese momento, entró el *sheij*.

Una vez sentado, recorrió la sala con la mirada, como había hecho la víspera. Hubo un momento de silencio, y le oí nombrar entonces al anciano de la tarde anterior quien de nuevo se había sentado en la parte de atrás de la sala. Dijo algo en persa, y mandó a uno de los *darnishes* que lo tradujese.

«El *sheij* quiere que sepas que tu lugar está junto a él donde te colocó ayer. Dice que la única razón por la que te sientas ahora en la parte de atrás es porque quieres que te vuelva a nombrar delante de todo el mundo, para sentirte importante. De ahora en adelante, te sentarás siempre en este lugar, esté él presente o no. Dice que no debería tener que volver a llamarte nunca más, que deberías conocer tu lugar sin que tenga que decírtelo. ¿Entiendes?»

Allí sentado, escuchando estas palabras, me di cuenta de que si no llega a ser por un momento de consciencia del corazón, yo también hubiera sido reprendido por el *sheij*. Aunque, para asombro mío, no me sentí superior en absoluto, como hubiera podido esperarlo de mí, porque sabía, sin duda alguna, que había sido Dios, y no yo, quien me había hecho cambiar de puesto. Es más, sabía, con la misma certeza, que había sido también Dios quien había hecho sentarse al otro *darnish* donde lo hizo.

Aunque desde un punto de vista exterior mi comportamiento podía parecer apropiado y el suyo inadecuado, en el nivel interior, no había diferencia entre ambos: yo había experimentado un tipo de bendición de Dios —un momento de consciencia del corazón—, mientras que él había experimentado otra clase de bendición de Dios —la revelación de un aspecto de su yo y la oportunidad de librarse así de él. Sin embargo, de haber alguna diferencia, la bendición que le había correspondido era incluso mayor que la mía, ya que a él se le había concedido la bendición quizás más importante de todas para alguien que se halla sinceramente en el camino —la de ser abochornado y hacerle sentir pequeño frente a los demás *darnishes*.

Al darme cuenta de esto, el recuerdo de mi experiencia con los libros y con el Maestro de tantos años atrás, que yo había enterrado durante todo ese tiempo para protegerme, volvió de repente a mi memoria. Me di cuenta por vez primera de qué oportunidad tan increíble había sido. Para un *darnish*, nada es más beneficioso que el ser humillado, que el hacerte sentir pequeño, ya que el sentirse insignificante significa estar cercano al Maestro, a Dios —con la única condición de aceptar la experiencia en lugar de negarla y huir de ella como había hecho yo.

Recuerdo que en una ocasión pregunté al Maestro en mi persa imperfecto, antes de que él hablase tan bien inglés, si Bāyazid era *jeili bozorg*, un sufí muy grande. Me miró y me respondió, «En el sufismo, la grandeza consiste en ser pequeño, no grande». Luego añadió después de una pausa, «Bāyazid estaba muy cerca de un cero». Ya que la grandeza en el sufismo reside en ser pequeño, al negarme a aceptar y a adoptar el regalo de pequeñez que me hacía el Maestro aquel día en el *jānaqāh* de Nueva York, me había confundido totalmente y había perdido la oportunidad que con su bondad me había ofrecido. En vez de eso, me había llenado de cólera y de resentimiento. Había procurado proteger mi sentido del ego, lastimándome la mano y buscando su compasión, como un niño.

Por si me quedaba alguna duda acerca de la actuación del Maestro ese día, se disipó hace poco tiempo mientras estaba trabajando en el *jānaqāh* buscando material para un artículo. Buscando en la biblioteca, encontré el libro de Mohāsebi, aquél con el que ocurrió todo el incidente (que, de hecho, resultó ser una obra en dos volúmenes). Con curiosidad, tomé el primer volumen del estante para ver cual era realmente su contenido.

Me hizo gracia descubrir que se trataba de un manual sobre la *shari'at* y los comportamientos correctos en el Islam: una explicación sobre las formas de oración, las reglas por las que se rigen los funerales y las transacciones de negocios, el uso co-

recto del palillo de dientes, cómo y cuando limpiarse los zapatos.

Un observador imparcial concluiría, al saber esto, sin lugar a dudas, que yo estaba totalmente en lo cierto aquel día sobre el libro y por tanto que mi actuación estaba justificada. Para mí, sin embargo, este descubrimiento no suponía ni la más mínima diferencia y tan solo confirmaba que la actuación del Maestro nada tenía que ver con el contenido del libro. Poco importaba que el libro fuera el texto sufí más esotérico o el tratado religioso más exotérico. Lo que importaba era que yo había manifestado mi ego delante del Maestro de un modo particularmente desagradable y detestable y a partir de ese comportamiento se me había dado la oportunidad de ver esa parte de mi yo y de superarla, pero no había sido capaz de hacerlo.



Cuando vi al anciano *darnish* cruzar el *jānaqāh* aquella tarde para sentarse junto al *sheij*, después de haber sido corregido delante de todo el mundo, pude ver cuan avergonzado se sentía y me apiadé de él. Sólo esperaba, por su bien, que reconociera qué extraordinaria bendición se le estaba proporcionando y que aprovechara la oportunidad mejor de cómo lo hiciera yo, porque a través de esta clase de experiencias corrientes y cotidianas es cómo, a fin de cuentas, recorremos el camino, y no con hechos extraordinarios y sobrenaturales.

De modo que si te has acercado a este camino esperando ver milagros y visiones, abre tus ojos: más valdría para ti verte a ti mismo.

*Considera en poco al león  
que derrota al enemigo;  
el verdadero león es aquel  
que se derrota a sí mismo.*

Rumi

